

do aquel que se encontrase en este caso, y protegiesen á cuantos ciudadanos hubiesen sido ó fuesen vejados por adictos á la causa de la independencia. Este decreto, que equivalia á una declaracion de guerra contra todos los gobiernos establecidos, se mandó traducir y publicar en todos los idiomas. Y siguiósele otro espedito en 15 de Diciembre, que parecia espresamente ideado para perjudicar á los súbditos de las provincias conquistadas. En este célebre manifiesto, la república proclamaba, respecto de todos los países vencidos, "soberanía del pueblo supresion de todas las autoridades constituidas, de todas las contribuciones é impuestos existentes, de todos los derechos territoriales y feudales, de todas las inmunidades de nobleza y de los privilegios exclusivos de toda especie. Ofrecia á los súbditos de las demas petencias libertad, fraternidad é igualdad; invitáales á

Decreto de la Convencion en contra de todos los gobiernos.

que formasen sus asambleas primarias, procediesen á la organizacion de una administracion y un gobierno provisional, y declaraba que consideraria como enemigos á todos los que declarando estos beneficios ó haciendo de ellos renuncia mostrasen alguna disposicion á conservarse adictos á su príncipe ó á cualquiera de las razas privilegiadas, los volviesen á admitir en su seno ó entrasen en convenio con ellos." [1]

Este último decreto escitó tan vehemente in-

(1) Jom. II, 264, 265. Pieces Just. núm. 8, 9.

Violentos cambios que se introducen en la Bélgica.

dignacion en la Bélgica, cuanto fué sería la inquietud que suscitó el primero en toda la estension de Europa. No se hallaban nada dispuestos los flamencos á desprenderse de sus antiguos gefes; y las simpatias del feudalismo, que habian tomado en ellos hondisimas raices, se resentieron de aquella súbita disolucion que se operaba respecto de todos los vínculos que hasta entonces se habian tenido por inviolables. Hollábanse los mas caros intereses, destruíanse los mas fuertes lazos de la naturaleza, con el hecho de anonadarse á la antigua aristocracia del país y poner nuevos cimientos para la ereccion de otra clase de gobernantes, que habian de ser el resultado del sufragio universal de los habitantes; recibiendo el edificio social tan violento choque, hallábanse en gran riesgo la propiedad de cualquier género que fuese y las mas antiguas instituciones. Estos sentimientos, que naturalmente se suscitan en todo país que se someta á tan inmenso cambio, agitarónse de una manera particular en Flandes, á causa de la poderosa influencia que egercia en los habitantes el clero y del inmenso número de intereses y grandes propiedades que habia establecidos allí, los cuales corrian gran peligro de ser destruidos en virtud de los cambios que queria introducir la Convencion francesa. Los discursos que pronunciaban los oradores que habian propuesto la medida de que tratamos, no eran tampoco á propósito para calmar la efervescencia; pues Cambon,

motor de la resolución, habló de los Países Bajos como de una provincia conquistada, y Brissot, al apoyarla, amonestó á los belgas que la adoptasen, pues de no hacerlo así "se atraerian el anatema de la filosofía francesa." [1]

Tan luego como se hubo promulgado este decreto, viéronse inundados los Países Bajos de una turba de agentes revolucionarios, que no tenían en los labios sino libertad, patriotismo y protección, pero cuyas medidas solo tendian á la violencia, á la confiscación y al derramamiento de sangre. Los primeros efectos que produjo el gobierno democrático de Flandes, fueron los de que se exigiese por la fuerza á sus pobladores contribuciones de gente, caballos y víveres, que se les impusiese por la autoridad militar inmensas gabelas, que se les obligase á admitir en los pagos que le hacian los desprestigiados asignados de Francia, y que se ejerciese un general despojo en sus templos. Las legiones de agentes fiscales y de cobradores de impuestos que se esparcieron por el país, no parecian tener otro empeño que el de arrebatár á aquellos desventurados habitantes hasta el último cuarto que tuviesen, y aprovecharse cuanto antes para labrar fortuna, de la efímera posesión de los distritos conquistados. A la cabeza de estos figuraban Danton, Lacroix y Carrier, hombres que profesaban el mas vehemente republicanism y que tenían la mas decidida propensión que pueda darse á la rapiña; estos comunicaban su in-

(1) Jom. II, 265. Th. III, 263.

fernal energía á los agentes subalternos, y presentaban á los habitantes de Flandes una idea anticipada de la época del Terrorismo. [1]

Los tres principales caudillos de que acabamos de hacer mención, hallábanse apoyados en su obra de esterminio por 35 comisionados, que parecian haber sido electos para tal fin por la Convencion, pero que no debian en realidad su nombramiento sino al club jacobino de Paris. Hábiaseles enviado á Flandes con el supuesto intento de que organizarasen la marcha de la libertad, pero con el verdadero de que saqueasen á los miembros todos del partido de la aristocracia.

Tan luego como hubieron llegado á aquel desdichado país, dividiéronlo en distritos, y procedió cada cual á ejercer el despojo en el pequeño dominio que le tocaba. Hízose concurrir á los aldeanos á golpe de sable y á punta de bayoneta, á las asambleas primarias que la Convencion designara, y al paso que esto se practicaba, saqueábase á las iglesias y á los castillos, vendíanse los bienes muebles de toda clase y entregábanse los productos á los comisionados franceses. Poníanse por todas partes en secuestro los bienes del clero, y al mismo tiempo, todas las propiedades valiosas, de cualquier género que fuesen, pertenecientes á seculares, se confiscaban tambien y se vendian; y con bastante frecuencia aconteció que los infelices dueños de ellas, dán-

(1) Dum. III, 277, 278. Jom. II, 265.

doseles el odioso título de aristócratas, fuesen remitidos con sus mugeres é hijos á las fortalezas de Francia para que allí se les asegurase en tanto que se hacian otros requerimientos (1).

Habiendo despertado los flamencos en vista de estas terribles calamidades, del sueño de libertad en que se engolfaran, no tardaron en desear la reposicion de su anterior gobierno, con mayor vehemencia aún que la que emplearon para derrocarlo. Las provincias de Brabante y Flandes, que tantos esfuerzon hicieron por sacudir el yugo de José II, cuando hubieron experimentado las consecuencias que se habian seguido de la conquista de su país por las armas republicanas, tomaron el mayor empeño en libertarse de la opresion que ejercian sobre ellas sus libertadores. Con tal objeto, enviaron una diputacion al emperador implorando su patrocinio y ofreciéndole que le auxiliarian con treinta mil hombres y que pondrian á su disposicion cuantiosas sumas en caso de que les prestase su apoyo [2]. Tales fueron los primeros frutos que produjeron en Europa las conquistas de los republicanos; pero no fueron los postreros. La voz libertad á todos seduce, pero solo conocen los males que acarrea, aquellos que los palpan. Fué necesario que la Europa resintiese las calamidades bajo las cuales gemia Flandes para que se llegase á desprender de aquella funesta ilusion que la hizo inclinar la cerviz para que se la aplicase el yugo.

(1) Dum. III, 278.

(2) Jom. II, 266.

En tanto que se operaban estos cambios hacia el Norte, ocurrían en las fronteras meridional y oriental sucesos de menor cuantía, pero que debían producir consecuencias de no poca importancia. Las montañas de la Saboya eran teatro de luchas merros sangrientas entre las fuerzas de la República y las tropas de Italia. El manifiesto peligro que corrían los dominios del Piamonte por la circunstancia de hallarse tan inmediatos al gran foco de la accion revolucionaria, habia inducido al gobierno de la Cerdeña, desde principios de 1792, á tomar algunas medidas precautorias; y todos los Estados de Italia, sobrecojidos de temor al ver los rápidos progresos que iban haciendo los principios democráticos, habian hecho proposiciones para la formacion de una alianza por medio de la cual mutuamente se protegiesen. Era tan fuerte la agitacion en que se hallaba el Piamonte, y operábase con tanta rapidez el contagio de los principios liberales, que no tardó en patentizarse que no podía el reino libertarse de una insurreccion, sino por medio de la guerra. Los asuntos llegaron á su crisis en Setiembre de 1792, á consecuencia del rápido avance de las fuerzas imperiales por el Tirol, en los Estados de Milan. Los franceses enviaron una embajada al gobierno piamontés, proponiéndole alianza, y ofreciéndole que en el caso de que se formase, se le asegurarian sus dominios, se reprimiria á sus súbditos, y se le cederian todos los países que conquistasen al Nor-

Se declara la guerra al Piamonte. Sobre 15.

te de los Alpes, obrando en combinacion, las fuerzas de ambas naciones. Pero se mostraba tan de bulto el peligro que deb'a correr todo gobierno establecido haciendo causa comun con las tropas republicanas, que el rey de Cerdeña desechó estas proposiciones. De consiguiente, no se permitió al enviado de Francia proseguir mas allá de Alejandría, y la Convencion, luego que hubo recibido la noticia de esta resolucion,

Stbro. 15, 1792. declaró la guerra al rey del Piemonte, é inmediatamente se dieron

órdenes al general Montesquieu para que acometiese á la Saboya, donde los emisarios del partido jacobino habian sembrado ya los gérmenes de descontento contra la dinastía italiana (1).

El 21 de Setiembre entraron los republicanos inesperadamente en Saboya, y des-
 Stbre. 21. Entran los franceses en Saboya. pues de una débil resistencia, tomaron posesion de Chambery y de Montmelian, é infestaron los planios hasta la falda del monte Cenis. Las fuerzas sardas, aunque ascendian á cerca de diez mil hombres, se hallaban tan diseminadas, que era imposible reunir las en suficiente número para hacer frente á los republicanos en el ataque repentino que emprendieran; otra prueba mas, sobre las infinitas de que se ha presentado ejemplo, de lo sumamente difícil que es defender una cordillera de montañas contra un enemigo superior y atrevido.

Poco despues se emprendieron operaciones bajo un pié mas serio sobre la comarca de Niza.

(1) Botta, I, 75, 88. Jom. II, 180.

El 1º de Octubre atravesó el Var el general Anselme á la cabeza de 9 mil hombres, y el mismo dia fondeó la escuadra francesa, que constaba de doce buques entre navios de línea y fragatas, á distancia de tiro de cañon de las murallas de Niza. Aterrado al aspecto de la superioridad de las fuerzas contrarias, el general Courten, que no contaba sino con dos mil hombres escasos á sus órdenes, y que tenia en su contra á la poblacion de la ciudad que intentaba insurreccionarse, se retiró precipitadamente hácia el Saorgio y el Col di Tende, dejando todos los planios y la costa, hasta la falda de la gran cordillera de los Alpes marítimos, en posesion de los franceses. Montalban y Villa Franca, la última de las cuales habia hecho una gloriosísima resistencia al príncipe de Contí en 1744, se rindieron á las primeras intimaciones que se les hicieron, y vino á ser Saorgio el punto militar fronterizo de las posesiones del Piamonte. (1)

Los republicanos hicieron un cruel uso de su victoria, y el premio que recibieron los vecinos de Niza y del territorio circunvecino por la buena acogida que les dieron, fué el de que se ejerciese con ellos el saqueo, el homicidio y todo género de ultrages. Cazóse como á bestias salvages á los montañeses que habitaban en los mas remotos planios, despojóseles de sus ganados, incendióse sus casas, y se abusó de sus mugeres; practicóse todo esto por aquellos á quienes

(1) Jom. II, 190, 198. Ann. Reg. 1793, 74. Bot. I, 95.

invocaran como á sus libertadores. El general Anselme publicó un bando para refrenar tales excesos, pero ningun efecto produjo, y los comisionados que nombrara la asamblea para la averiguacion de los causantes de estos desórdenes, no lograron obtener resultado alguno. Poco despues dispúsose una espedicion compuesta de las fuerzas de mar y tierra, que marchase contra la pequeña fortaleza de Oneglia, y habiendo hecho fuego sus vecinos sobre un esquife que con bandera parlamentaria se acercaba á las baterías, y muerto al oficial que iba encargado de la conferencia, vengóse horriblemente esta violencia de las leyes de la guerra con la completa destruccion de la plaza. [1]

Hé aquí, como en el espacio de unas cuantas semanas se vieron segregadas Niza y la Saboya de la corona de Cerdeña, á pesar de hallarse defendidas por ejércitos numerosos, de estar sus territorios á cada paso interrumpidos por fragosos é intransitables montes, y de tener por salvaguardia fortalezas que se habian tenido por inespugnables en otro tiempo. La circunstancia de haber aparecido insignificantes todos estos elementos de defensa ante las fuerzas republicanas dió origen á tristísimas reflexiones. Demostró la inutilidad de las tropas piamontesas que habian sido en tiempos atrás tan afamadas, y se tuvo un funesto presagio del resultado que daria cualquier ataque que se emprendiese sobre Italia en vista de la pusilanimidad con que se ha-

(1) Jomini II, 200, 203, 205. Botta, I, 92, 96. Ann. Reg. 1793, 74.

bian conducido los mejores de entre sus soldados. Aumentóse la consternacion general cuando se vió llegar á poco á Ginebra y Turin, en la condicion mas lamentable, á los desterrados de Francia, presentando un triste ejemplo de la repentina transicion de la posicion elevada y próspera que ocuparan, á la mas abyecta miseria. (1)

Habiendo llevado de este modo la Convencion las armas republicanas hasta las faldas de la cordillera central que separa á la Francia de la Italia, procedió á estender sus conquistas hácia las repúblicas de la Suiza. Hallabanse los cantones de aquella confederacion muy divergentes en opiniones; habia algunos que conservaban un vehemente resentimiento por la matanza cometida el 10 de Agosto en la guardia Suiza, y otros, imbuidos en los principios democráticos, estaban dispuestos á dar buena acogida á las tropas republicanas considerando que por su medio se verian libres de la dominante influencia de la aristocracia. El pais de Vaud, en particular, encontrabase en estado tal de efervescencia, que el gobierno, para sostener su autoridad, se habia visto en la precision de aplicar algunos severos castigos. Paralizada por esta discordia intestina, habia resuelto la confederacion Helvética conservarse en una neutralidad armada; pero las ambiciosas empresas de los republicanos conquistadores le impidieron mantenerse en es-

(1) Botta I, 97, 98.

ta posicion ventajosa, y tuvo al fin que entrar mal grado en la lucha general de Europa. [1]

Clavieres, ministro de relaciones exteriores en Francia, y ginebrino por nacimiento, tomó con mucho calor la defensa de los descontentos de su ciudad natal. Deseaba con empeño desplegar todo el poder que recientemente habia adquirido, para anonadar á la faccion contra la cual habia luchado mucho tiempo en aquella diminuta república. Sugirió a Servan, ministro de la guerra, que escribiese al general Montesquiou diciendole "que seria conveniente quebrantar las cadenas, que habia forjado el despotismo para tener sugetos á los ginebrinos, y consultarseles sobre si se hallaban en disposicion de reconocer los *derechos del hombre*. El general sentia una repugnancia insuperable á cometer esta nueva agresion, no solo porque le habia hecho la dieta las mas solemnes protestas de la resolucion en que estaba de conservarse en una estricta neutralidad, sino aun porque el canton de Berna habia reunido una fuerza de cerca de diez mil hombres para llevar á efecto estas protestas; y desde luego se preveia, que si se atacaba á Ginebra, recibiria la confederacion este acto como una declaracion de guerra hecha á todos los cantones. Desentendiendose de todas estas consideraciones, el gobierno frances mandó á Montesquiou que inmediatamente avanzase, y entretanto los Suizos, por su parte, enviaban á la ciudad mil ochocientos hombres como un auxilio para su

(1) Tom. II, 306, 310. Th. III, 191.

defensa. Cuando llegaron los republicanos á las inmediaciones de Ginebra, encontraronse con sus puertas cerradas, con que la habian llegado auxilios, y con una notificacion del senado de Berna, en que se protestaba que se defenderia la poblacion hasta el último trance. El estado indefenso que guardaban las ciudades fronterizas del Jura, entre la Francia y la Suiza, hacia que fuese el paso mas imprudente que pudiera darse, el de empeñar una inmediata lucha con aquellos belicosos montañeses. En vista de estas circunstancias, la via de las negociaciones pareció preferible á la de la fuerza; y despues de un breve espacio de tiempo, retiraronse los franceses de las cercanias de Ginebra, atreviendose el general Montesquiou á desobedecer abiertamente las temerarias ordenes de la Convencion, en los cuales se le habia prevenido que emprendiese el sitio de la ciudad mencionada. Celebraronse dos convenios consecutivos, en virtud de las cuales retiraron de la ciudad sus fuerzas los suizos, y los franceses las suyas de las inmediaciones. Ginebra se vió libre por aquel momento de los males de la invasion republicana, y Montesquiou tuvo la gloria de salvar á su pais de las consecuencias que le habria atraido la temeraria é injusta agresion á la cual habia dado principio. [1]

Octubre 28 y Noviembre 2.

No perdió tiempo la Convencion en consoli-

(1) Ann. Reg. 1793, 75. Tom. II, 311, 312, 313. Th. III, 119.

dar sus conquistas y hacerlas el origen de nuevas medidas revolucionarias. Formóse en Chamberiy un club jacobino que constaba de mil doscientos miembros, y establecieron sociedades, corresponsales de esta, por toda la Saboya, las cuales en breve produjeron la fiebre de la democracia en toda la estension de los Alpes marítimos, y amagaron con una completa ruina á las instituciones del Piamonte. Estableciöse en Chambery una Convencion nacional, que proclamó el 21 de Octubre, la abolicion de la monarquía, la de los diezmos, y la de las clases privilegiadas; y de todos los clubs de Saboya, enviáronse á Paris diputaciones que tuvieron la mas entusiasta acogida en el cuerpo legislativo de Francia. Por fin, el 27 de Noviembre, todo el

territorio de Saboya, quedó incorporado á la Francia, bajo la denominacion de departamento del Monte Blanco; y poco despues se absorvió al distrito de Niza la república usurpadora, dandole el titulo de departamento de los Alpes marítimos, agregandose tambien á sus dilatados dominios el estado de Monaco. [1]

No obstante los completos triunfos que la causa de la República obtenía, mostrábase la fortuna adversa á sus armas en el alto Rhin. Las fuerzas francesas que operaban hácia aquel rumbo, que ascendían, incluyendo en ellas á los ejércitos de Kellerman, Custine y Biron, á 60 mil hombres,

(1) Anu. Reg. 1793, 134, 135, 140.

podieron haber descargado un fuerte golpe sobre las huestes del duque de Brunswick, que se hallaban en aquella sazón sumamente debilitadas con la separacion de la division de austriacos del mando de Clairfait, que se habia retirado á los Países Bajos para cooperar á su defensa. Pero como estos generales no operaban sus movimientos en completo acuerdo entre sí, todos fueron para ellos desastres. El plan de operaciones que se habia adoptado, era el de que Bournonville que habia sucedido á Kellerman en el mando, tomara posesion de Tréveris, y se moveria sobre Coblenz, donde debia efectuar su union con Custine, y que ambas fuerzas combinadas estrecharian á los aliados que ya se hallaban amagados por el ejército de Flandes, y los obligarian á repasar el Rhin. Semejante plan era acertado, pero no pudo en lo absoluto realizarse, por comenzar en aquella sazón el invierno, y por la falta de acuerdo entre los generales que debian cooperar á su buen éxito. [1]

El general Laroboliere á quien se habia confiado la vanguardia del ejército de Bournonville, que era fuerte de 3000 hombres y que tenía el encargo de atacar á Tréveris, recibió la orden de contramarchar, cuando habia vencido ya la mitad del camino, por temores que concibió su general en jefe; y Custine, cuya fuerza, por la baja que habia tenido con motivo de la guarnicion que habia dejado en Maguncia, quedaba reducida á 15 mil

(1) Toul. III, 105-106. Tom. II, 269, 272, 273.

hombres, manifestaba mas disposicion á saquear los palacios que en su tránsito encontraba, y á establecer clubs jacobinos en Frankfort y Maguncia, que á contiuar los movimientos militares de la campaña. Entre tanto, los prusos observando la inaccion que guardaba el ejército de Kellerman, fueron imperceptiblemente situando sus fuerzas en derredor de la division Custine, confiados en que, pues se hallaba sin auxilios y muy á vanguardia, podria hacersela prisionera antes de que pudiese destacarse fuerza alguna que la apoyase.

Este intento, merced al descuido del gefe de de las tropas francesas, estuvo á punto de lograrse. Mucho tiempo estuvo Custine sin observar que la division prusa gradualmente le iba cercando, y no echó de ver su posicion sino cuando observó que el enemigo amagaba cortarle la unica retirada que le quedaba. Entonces destacó al general Houchard á la cabeza de 3 mil hombres, quienes trabaron sin buen exito, una accion con los prusos á las inmediaciones de Limburgo; pero poco despues del ejército, llegó del Rhin superior una fuerza de doce mil hombres, y esto puso á Custine en disposicion de poder tomar la ofensiva.

Entre tanto el rey de Prusia, viendose á la cabeza de una selecta fuerza de cincuenta mil hombres que se habia recobrado ya, hasta cierto punto, de las desgracias que habia sufrido, resolvió anteponerse al enemigo, y arrojarle de la márgen

Diciembre 2. Re-
pasan el Rhin los
franceses.

derecha del Rhin, á fin de procurar á sus tropas buenos cuarteles para que pasasen el invierno. Con tal objeto, puso á su ejército en movimiento, y dirigiendo el grueso de sus fuerzas sobre el flanco derecho de Custine, obligóle á retirarse á un campamento atrincherado que quedaba á espaldas del Nidda, dejando una guarnicion de dos mil hombres en Frankfort, en la situacion mas precaria. El rey emprendió inmediatamente un ataque repentino y brusco sobre aquella ciudad, el cual tuvo un éxito completo, pues todas las tropas de su guarnicion, á escepcion de doscientos hombres, fueron muertas ó hechas prisioneras. Custine, á consecuencia de este reves, despues de haber hecho una débil tentativa para defender las aguas del Nidda, volvió á pasar el Rhin, y acantonó á sus tropas entre Bingen y Frankental, dejando una guarnicion de diez mil hombres en Maguncia, guardando aquella importante fortaleza. Los aliados, por su parte, pusieron en cuarteles de invierno á sus tropas, que tambien lo necesitaban mucho, ocupando sus cantones una línea que se estendia desde Frankfort hasta Darmstadt, y establecieron una avanzada que estuviese en continua observacion de esta ciudad fronteriza [1].

Hé aquí como terminó la campaña de 1792, período fecundo en preciosas lecciones para el militar y para el diplomático. Ya se echaba de ver por aquel tiempo, lo violenta y vigorosa que

(1) Tom. II, 282, 292. Toul. III, 116, 117. Saint Cyr. II 12, 16. Hard. II, 77, 98.